

Domingo XXIX del Tiempo Ordinario (19-10-25)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Hermanos y hermanas:

En este mes de octubre tenemos la gracia de que, en los domingos, en casi todos, se insiste en la oración. Por eso es un mes que nos va muy bien porque, como festejamos al Señor de los Milagros, la oración es central. Todo nuestro pueblo rezando por las calles, todos caminando, todos permanentemente presentándoles nuestros problemas. Yo no sé si el Señor tuvo un “cálculo” un poco “feo” con la humanidad cuando regrese, cuando venga el Hijo del Hombre, porque encontrará esta fe en la tierra, por lo menos en el Perú le encontrará, Porque somos “erre que erre”, ¿no es cierto? Orantes, permanentemente.

Vamos a valorar eso, porque hoy día el Señor mismo lo valora. La oración es una conversación. Es una conversación en que a alguien le decimos todo lo que necesitamos, toda nuestra vida. Por ejemplo, cuando nosotros tenemos un verdadero amigo, le contamos nuestra vida y nos confiamos. Aunque, a veces, se ha terminado esa cosa que ahora ya no es tan de moda eso. Tener un mejor amigo, a veces, no se puede encontrar, pero siempre se encuentra.

En el caso de los peruanos, siempre nos confiamos a una persona que nos quiere y los queremos. Las vecinas, sobre todo, son muy así, muy amigables, ¿no es cierto? El Señor se presenta aquí como una persona que siempre nos

escucha e, inclusive, estando atento a lo que les decimos, responde con alguna respuesta lo más pronta posible. Él hace una comparación con este juez malévolo que ni siquiera creía en Dios y no era muy justo, pero encuentra a esta mujer que es una “pesada”. Es como ese tipo que estaba con sus hijos y pide panes a la medianoche y, ante tanta insistencia, recibe lo que pide.

La insistencia la valora siempre el Señor, cosa que nosotros, a veces, a las personas insistentes tratamos de evadirlas o decir “ya déjame tranquilo”. Pero acá dice que, inclusive, para que lo dejara tranquilo, aunque sea por eso la atiende y le hace justicia. Qué cosa tan importante porque nosotros, si somos orantes, es en gran parte porque somos un pueblo muy necesitado. Y muy necesitado por nuestra historia, los problemas que hemos tenido, lo difícil que es unir tanta diferencia que tenemos en el país para convertirla en una riqueza preciosa.

Hemos hablado de la importancia del aprecio. En nuestro país si el aprecio no existe, nos matamos. Por eso, estamos aprendiendo, luego de siglos, a apreciarnos y no despreciarnos. Y todos esos signos de unidad que estamos dando también son oración. El clamor por las calles también es oración. Los lamentos, las personas que nos piden ayuda son oración. Y nos reclaman a nosotros también, a cada uno de nosotros, a las autoridades también, a la Iglesia también. Pero, sobre todo, es un clamor a Dios, porque Dios nos hizo para Él, y nuestro corazón siempre estará inquieto “hasta que no descanse en Él”, como decía San Agustín.

Y, por lo tanto, el Señor se ha depositado tanto en nosotros que, entonces, cuando decimos algo, Él siempre está a la escucha. Esa es la razón de habernos mandado a Jesús, a la humanidad, Y hoy día, qué bonito también, no solamente hemos hecho la levantada del Señor mundialmente, sino que hoy día San Pedro, la plaza estaba llena de peruanos, y en este momento, en este instante, está el Cardenal Barreto celebrando la misa para todos los peruanos en la iglesia de San Pedro, a nombre del Papa.

¿Qué quiere decir que oramos? Quiere decir que nos expresamos. Quiere decir que Dios nos ha hecho para comunicar la Palabra que es Él, porque Dios es comunicación, es Palabra. Nosotros hablamos de la Santísima Trinidad, ¿no es cierto? Lo que pasa es que, a veces, nos enseñan solamente que es “tres en uno”. Entonces, nos quedamos en una fórmula, como si se tratase de una marca de aceite.

La Santísima Trinidad, hermanos y hermanas, es el Padre que ama al Hijo, el Hijo que ama al Padre. De ellos, brota el Espíritu y son una familia, y siempre están conversando, siempre están relacionados y, por lo tanto, somos creados a imagen y para ser semejantes. a Dios. ¿En qué aspecto? No para endiosarnos, pero sí para ser semejantes en la comunicabilidad, en la expresión. Y, por eso, nosotros también necesitamos conversar las cosas. Por eso, el sistema que más nos puede ayudar, a pesar de que es el menos “malo”, es la democracia y no la dictadura, porque la dictadura calla a todos y solamente habla uno que ordena y cree que tiene toda la verdad en su cabeza. La democracia

tiene un sentido humanista, pero tiene algo de muy cristiano, que es acordar las cosas, conversar. Es parecido a la sinodalidad, aunque la sinodalidad más profunda es espiritual, implica una reflexión, es una experiencia de Dios, pero, por lo menos, nos escuchamos y les presentamos al obispo lo que creemos y sentimos que debe mejorar en la Iglesia.

Por eso, en todas las parroquias, ahora estamos haciendo asambleas sinodales, por lo menos, en Lima Centro, para escuchar lo que ustedes están pensando que debe ser nuestra Iglesia para seguir adelante en el futuro y ayudar a nuestro país a ser un país feliz. Para eso tenemos que hacer una Iglesia que sea realmente signo. Entonces, ahí las personas pueden decir: “el cura está cobrando mucho por la misa”, “es un mandón”, “habla cualquier cosa”, “el obispo también es un fastidioso”. Quéjense, no hay problema. Hagan como la viuda inoportuna, digan las cosas.

¿Qué pasa cuando decimos las cosas, cuando oramos y se las decimos a Dios, pero también nos las decimos entre nosotros? Hacemos una expresión de lo que sentimos y, entonces, empezamos a entender mejor las cosas. Cuando las cosas se “guardan” y uno está “mudo”, en cierto modo se “suicida”. ¿Por qué razón? Porque Dios, que es Palabra y es diálogo, nos crea su imagen para ser Palabra. Todos nosotros, hermanos y hermanas, somos un poema de Dios, porque Él no nos hizo, no nos fabricó, Él nos dijo, nos recitó. O sea que todos somos un delicado poema del Señor, todos. No hay uno, ni una, que no sea un poema. Y qué bonito que somos una tierra de poetas ¿Por qué Vallejo es

conocido universalmente? Es uno de los grandes poetas más importantes del mundo porque habló desde el corazón, desde los sufrimientos de nuestro país, y todos los pueblos del mundo lo reconocen. Es uno de los poetas más famosos del mundo. Y uno, cuando lo lee, se remece.

“Siento a Dios que camina tan en mí por la tarde, con el mar...” ¡qué lindo! Hermanos y hermanas, necesitamos escucharnos, aprender a escuchar como Iglesia, y necesitamos que las autoridades aprendan a escuchar y aprendan de verdad, no escuchar así “suavecito” y, después, arreglar las cosas “por lo bajo”, sino que explícitamente aprendan a gobernar porque han escuchado y responden a la escucha de la gente. Y eso va no solamente - siempre lo he dicho- a las autoridades sociales y políticas, para la Iglesia también, porque muchas veces no los escuchamos. Los papas nos han dicho en los últimos años: “escuchen a la gente”. El papa Prevost, el papa León XIV, es muy querido en Chiclayo por eso, porque era paciente y siempre escuchaba. Y hasta ahora es igual, y eso es porque ustedes nos han hecho así, porque nos hablan siempre, nos dicen las cosas, sobre todo, los jóvenes. Parece que han venido, hoy día, algunos estudiantes de la universidad católica para rezar por la universidad también y por todos los chicos que han detenido, porque han detenido a estudiantes de la PUCP, como de otras universidades.

Bueno, hermanos y hermanas, nuestra Iglesia puede ser un signo de esperanza para la humanidad si todo el mundo ve, en ella, el signo de la Trinidad que conversa. Es verdad que hemos tenido una etapa de la historia de la Iglesia en donde

todo era de arriba abajo. Por ejemplo, la forma de enseñar el catecismo: únicamente repetir cosas. Y, en vez de hacernos hablar, nos hacían “papagayos”, “loros”, que repetíamos las cosas igualitas. Algunas cosas son interesantes, pero la pedagogía no es la adecuada. Por ejemplo, una vez pasaba en una confirmación y le digo a uno de los chicos: “A ver, ¿qué cosa reciben ustedes en el sacramento de la confirmación?” Y me responde: “La fuerza para ser soldados de Cristo y luchar contra el mundo”.

- Ah, caray.

Y, entonces, “¿dónde están tus armas?”, le pregunto. Me muestras el Evangelio, pero “¿para qué lo vas a usar? ¿Para leérselo y conversarlo, o para tirárselo en la cabeza?” Porque, a nosotros, en la historia, los mayores, si uno decía algo y la profesora estaba hablando, ella agarraba el libro y se lo tiraba en la cabeza. “La letra con sangre entra”, se decía. Gracias a Dios, ya lo hemos ido superando. Es verdad que nos falta un poco de disciplina, pero es mejor ahora que antes. Y, luego, hay que aprender juntos a llegar a ideas interesantes, a saber conversar.

Yo quiero, simplemente, hoy día, decirles que, cuando oren, así como lo hacemos intensamente en este mes, valoren el silencio para poder conversar lindo, para poder expresarnos mejor. Y si pueden, cada uno en su libretita, en su Facebook, en sus redes sociales, puedan escribir, inclusive, con la mano, ¿Por qué? Porque si no nos expresamos, nos encerramos y, luego, estallamos. Es mejor hablar y también, de vez en cuando, salir a la calle a decir que es necesario tal o cual cosa.

Hoy día vamos a rezar por nuestros hermanos de Estados Unidos, donde miles de miles de personas en 40 ciudades han hecho una marcha pacífica porque ya no pueden más. Curiosamente, en un país tan rico, tenemos hambre, miseria, destrozo, maltratos, muertes, y no puede ser. No puede ser que la voluntad de un solo tipo pueda destruir todas las esperanzas de un país o de una humanidad. Y nuestro Señor nos dice: insístanme, aunque sean “pesados”, no importa. Especialmente, Dios ha venido para los “pesados”, los insistentes, porque tienen mucho que decir y está esperando que nosotros seamos así. Esa insistencia nos hará también como Él, habladores, y comunicaremos su Palabra.

Por eso, hoy día también, en la carta que hemos leído a Timoteo (2 Timoteo 3, 14–4, 2), le dice: “emplea la palabra, habla, a tiempo y a tiempo. Di la palabra y enseña, reprende, corrige, anuncia y ora”. Y hoy día vamos a orar por todos aquellos que están clamando en el mundo que haya una esperanza y que este mundo no se vaya a destruir por obra del prejuicio.

Quien impone las cosas es porque no quiere escuchar y se ha encerrado en sí mismo. Eso pasa también en la iglesia, en donde algunas personas piensan que la misa en latín era la mejor. Ustedes saben que, antes, nosotros hemos celebrado la misa de espaldas al pueblo, ¿no? Y ahí tienen ahora que esta misa que estamos celebrando es la más antigua misa de la Iglesia que, además, se hizo en el idioma de los hebreos, no se hizo en latín. Es la que celebró el

Señor reunido con sus discípulos y dándoles el pan en la mano.

Saben que ha salido una cosa muy chistosa de algunos grupos muy duros en la Iglesia: el que recibe la hostia en la mano “cree menos” en la presencia real que el que recibe en la boca. Por favor. Es libre, en la boca o en la mano, donde quieran, ¿de acuerdo? Pero que todos creemos en la presencia real también es verdad. Es Cristo al que recibimos. Si ese razonamiento que hacen es verdadero, entonces, los discípulos que recibieron en la mano no creerían en la presencia real. ¿Sí o no? Y estuviéramos mal fundados.

La presencia real de Jesús en la Eucaristía es realmente a Jesús que recibimos. No importa que sea en la boca o en la mano, no hay problema. O de rodillas o de pie. Lo importante es que lo recibamos. Porque, cuando lo recibimos, Él, que es la Palabra viva, alimenta nuestra capacidad de pedirle a Dios y de amar a los hermanos y compartir con ellos nuestra palabra.

Que esa palabra sea de aliento para todos y que nuestra relación persista. Y que el Señor, cuando llegue, encuentre a los peruanos en primera fila, porque somos rezadores y eso ya viene con el corazón peruano que nos dieron los primeros misioneros, y que vino de la tradición antigua de nuestros pueblos.

Que Dios los bendiga, los proteja, y sigamos caminando con el Señor de los Milagros que ahora está paseándose por la

ciudad. Y que podamos siempre caminar con Él en todas las circunstancias de la vida.

Amén